

Aldo Torres

## Encuentros literarios

### UN HOMBRE ANDARIEGO Y TRANQUILO



**V**ANUEL ROJAS, escritor chileno nacido en Argentina, vió la luz en el barrio de Boedo, Buenos Aires, el 8 de diciembre de 1896. Tanto por anhelos de mejor fortuna, como por irresistible nomadismo, sus progenitores, Manuel Rojas Córdova, de Santiago, y Dorotea Sepúlveda González, de Talca, habían emigrado a la tierra de Sarmiento. En 1900 reaparecen en la capital, donde su padre instala un negocio de almacén y cantina, en el cruce de las calles Coquimbo y Nataniel. El hombre muere a los tres o cuatro años de iniciar sus actividades comerciales, y madre e hijo conocen luego la orfandad y la zozobra. Sin embargo, no hubo naufragio. Vueltos a Buenos Aires, en 1904, la vida fué para ellos un continuo peregrinar; para ella, mujer admirable, doble lucha: por la existencia de ambos y por la educación de su retoño. Mas éste, realizados sus estudios de primera enseñanza e iniciado apenas los secundarios, debió abandonar el aula estudiantil. El sudor repentino y prematuro de las duras jornadas cotidianas regaría el árbol enhiesto de su adolescencia.

Declaro que no es fácil obtener confidencias especiales o inéditas de Manuel Rojas. ¿En qué consiste la dificultad? En que tie-

ne o está por tener dicho todo lo suyo. Hombre llano y claro, aunque, al parecer, reservado, su vida entera está vaciada en sus escritos.

¿Trabajó en Las Cuevas, como peón del ferrocarril transandino? Pues, ahí está su notable cuento "Laguna" que responde a lo propuesto.

¿Cómo cruzaría la cordillera de los Andes para conocer la tierra de sus padres? Leed "Hijo de Ladrón" y os lo explicaréis todo.

¿Queréis saber algo de él a los veinte veinte años? Recordad las páginas de "Lanchas en la bahía".

Nada, en verdad, de lo vivido por él se encuentra ausente de sus cuentos, novelas y trozos de memorias incluidos en diversas publicaciones periódicas. Tales trabajos no sólo comprenden su peripecia biológica o física; también arraiga en ellos el germen de su pensamiento, que se integra en poemas suyos como "Gusano", de "La tonada del transeúnte", y se desenvuelve y determina en los ensayos del volumen "De la poesía a la revolución".

En fin, le pedimos noticia de sus primeros pasos en el tortuoso sendero literario y se remonta a los años 1916-1917, para hablar-nos de "Selva Lírica", grupo más bien flotante que iba y venía alrededor de Julio Molina Núñez y O. Segura Castro, y cuya sede fija estaba en calle Morandé, en el despacho de abogado del primero.

—Allí —nos dice— se reunían, por las tardes, entre otros, Pedro Sienna, González Vera, Jorge Hübner y Angel Cruchaga.

—¿Cuáles eran sus lecturas en ese entonces?

—Leía lo que descubría o aquello de que oía hablar. Por ejemplo: Juan Ramón Jiménez, Baroja, France, Villaespesa...

—¿A qué grupo o generación cree pertenecer usted?

—A mí siempre me colocan en lo que se llama el grupo del año veinte, que sigue al del novecientos y que se caracterizó por una preocupación social más intensa.

—¿Cómo ve al escritor desde el punto de vista del medio ambiente?

—El escritor es eminentemente solitario en su trabajo. Algo

así como el espejo de Stendhal, que se pasea a lo largo del camino y refleja todo lo que ve.

—¿Podría decirnos algo del grupo de "Los Diez"?

—Estaba formado por más de diez... Era un grupo bastante serio: Hacía exposiciones, y editaba libros y revistas. Algunos de ellos eran ricos y gozaban de buena situación económica, y eso determinaba su existencia.

—Y del criollismo, ¿qué puede decirnos?

—Yo creo que el criollismo va en camino de desaparecer.

—¿Podría explicarnos por qué?

—Porque creo que las escuelas tienen una vida limitada. Deben desaparecer cuando ya agotan sus materiales, y sobrevienen otras. Se ve, además, que algunos muchachos se alejan del criollismo, impulsados por una tendencia que no estudia los problemas con sentido localista. Una literatura debe tener un carácter nacional, pero no local. Debe enfocar los problemas desde un punto de vista más amplio.

—Hay escritores de los cuales se dice que poseen estilo o que carecen de él. ¿Qué piensa usted de esto?

—Para mí, lo importante es saber lo que los autores dicen y no cómo lo dicen. Esto les importa a los filólogos. Yo no creo que los lectores busquen un estilo en los escritores; lo que buscan es una emoción.

—¿Cree en la independencia política o ideológica del escritor?

—El escritor tiene una actitud política o espiritual. Ella se deduce de lo que dicen o piensan sus personajes. No se puede decir que la de Baldomero Lillo sea reaccionaria.

—¿Qué relación existe entre usted y su obra?

—Mucha parte de mi obra es autobiográfica.

—En cuanto a la crítica literaria, ¿considera que cumple algún papel importante? ¿Ha sido de provecho para usted?

—Yo creo que en ninguna parte lo cumple. El crítico técnico no existe. Sólo hay crítica impresionista: Esto me gusta, aquello no me gusta. Lo ideal sería que el crítico se formara con su gene-

ración. Personalmente, nada he aprovechado de la crítica. Entre nosotros, su papel es más bien informativo.

—Díganos lo que pueda de la amistad entre escritores.

—He sido y soy entrañablemente amigo de González Vera y Enrique Espinoza, de Enrique Labrador Ruiz y Ramón Sánchez Díaz. En ello, sin duda, ha influido lo literario.

—¿Cómo ve la literatura chilena en sí, y en sus conexiones con nuestra América y España misma?

—Creo que la literatura chilena tiene un gran valor desde el punto de vista social. Conozco poco la literatura de los demás países americanos. Estimo que nuestra literatura no es inferior a la española.

—¿Cuál sería la característica constante de su obra?

—La exposición de la vida del ser humano, que es lo único que vale en el mundo. Termina eso, y se acaba todo.

—¿A cuántos idiomas ha sido traducido?

—Estoy siendo traducido al inglés, francés y alemán. Ya firmé contrato con mis editores de Estados Unidos y Francia para la traducción de "Hijo de Ladrón".

—Nos gustaría saber qué piensa del nivel cultural de Chile.

—Ha aumentado en los últimos años. No sé a qué se deba, si a una mayor población o a la mejor producción de obras.

—Según nuestros recuerdos, usted actuó en una película, hace años.

—Claro. Se llamaba "La calle del ensueño", que dirigió Coke. Hice el papel de un ovejero que defendía a una niña ultrajada.

—¿Qué proyectos literarios tiene?

—Me gustaría que anotara que he terminado "Imágenes de la infancia" y que lleva la mitad del libro "Pasión y muerte para Aniceto", continuación de "Hijo de Ladrón".

Manuel Rojas conoció los oficios y caminos de los desheredados de la suerte. Serena y paulatinamente, sin premura, superó los sumergidos peldaños de la escala social y artística. Tipógrafo, pintor de brocha gorda o vendimiador, caminero, carrilano u obrero

portuario, apuntador de teatro, linotipista o redactor de diarios, amplia y variada fué la gama —prodigioso venero de experiencias—, hasta consagrarse escritor con su colección de cuentos, "Hombres del sur", 1924, y llegar, posteriormente, al puesto que hoy ocupa en el Departamento de Publicaciones de la Universidad de Chile.

Pero... ¿Cuándo y cómo surgió el escritor en un elemento tan batido por los días y los años? Recurrimos a ciertos apuntes, que nos cediera en calidad de préstamo, y que comprende pasajes de infancia y juventud, relacionados con los prenuncios y comienzos de su carrera literaria. En ellos se interroga: ¿Por qué escribí? Y se responde:

"Si repaso mi reducidos antecedentes familiares encuentro sólo una persona que pueda darme algún indicio: mi madre. Mi madre tuvo un solo hijo y perdió a su marido, mi padre, seis o siete años después de casada; no tenía muchas personas con quienes conversar y adquirió el hábito o tuvo el hábito de contarme historias, no historias fantásticas que inventara o que hubiese oído contar, sino historias que conocía, historia de sus hermanos, de sus parientes lejanos, de sus conocidos y hasta de ella misma y de mi padre, que al parecer era hombre muy ocurrente y alegre. Mi madre decía que estar al lado de su marido era como estar al lado de una guitarra. Yo heredé ese hábito y como mi vida de niño y de adolescente fué agitada y como además conocí, andando por el mundo, muchos hombres que narraban, aquí o allá, sus historias y las ajenas, resultó que a los veinte o veintidós años y aún antes tenía un repertorio amplísimo de historias que podía contar a quien quisiera escucharlas o a quien me contara otras. Cuando escribí "Laguna", me salió de una vez. Había contado muchas veces esa aventura y, consciente o inconscientemente, cada vez que lo hacía procuraba arreglarla y cada vez me salía mejor: le suprimía algo, le agregaba algún detalle, insistía en ciertos aspectos emotivos o descriptivos y procuraba equilibrarlo todo. Pero "Laguna" es una historia mía. Una de mi madre, "El bonete maulino", está escrita, excepto al

principio, que es mío, de tal modo que al leerla me parece estar oyéndola”.

Ha sido larga la cita. No obstante, ella satisface, con creces, a los puntos que la motivaran. Los estímulos venideros, como el de Domingo Gómez Rojas, que “tenía la virtud o la manía de aconsejar a sus amigos que se dedicaran a trabajos de orden intelectual, especialmente a los literarios, tuvieran o no sus amigos disposiciones para ello o deseos de hacerlo”, esos estímulos, repito, no hicieron más que desbrozar y definir su vocación. La vocación estética de este hombre andariego que ganó su tranquilidad en buena ley, después de recorrer innumerables pueblos y ciudades, campos y caminos no menos innumerables, en el batallar sin tregua por descubrir el sentido real de su destino.